CAPITULO XXVI.

EL 15 DE SETIEMBRE.

ESTABLECIDA ya la nueva administración republicana, y funcionando con regularidad, llegó el 15 de Setiembre, fecha en que proclamó en Dolores la independencia nacional el Cura Hidalgo, en 1810, la que no habían podido conmemorar públicamente los republicanos durante el tiempo del Imperio, porque prohibía éste toda fiesta que él no hiciera, por cuya razón el Gobierno se propuso celebrar con entusiasmo aquel acontecimiento, nombrando oradores, que en la tribuna hablasen al pueblo.

Como orador oficial pronuncié el discurso que sigue, y la Srita. Rita Cetina Gutiérrez, la composición poética que copio.

«Compatriotas:

Se ha pasado el tiempo en que de rodillas se pedía para el pueblo mexicano, una hoja de las coronas de laurel ganadas por la Francia en sus victorias, porque también se ha pasado el tiempo en que la traición adulaba al invasor. Ya no pedimos limosna para nuestros hermanos que pelearon el 5 de Mayo. ¡El 5 de Mayo, ciudadanos! He aquí el hecho glorioso, el hecho nuevo, el hecho grande que abrió la época de la regeneración de la patria. Fué el hasta aquí del pasado, y el fiat del porvenir. Fué un toque eléctrico que despertó el sentimiento nacional y lo llevó al heroismo. Fué el primer encuentro de mercenarios extranjeros con ciudadanos libres; de la usurpación con el patriotismo; de la conquista con la Independencia; del cetro imperial, que es el signo de la tiranía, con el gorro frigio, que es el signo de la Libertad; del buitre de las Tullerías con el águila del palacio de los aztecas; del viejo continente con el nuevo mundo; del pasado con el porvenir; de las tinieblas con la luz, y de la nada con el sér.

Hasta el 5 de Mayo, el pueblo mexicano era considerado como el león enfermo de la fábula, á quien hasta el asno se atrevió á insultar; pero se le hiere en el corazón, y á su primer rugido huye y vuelve las espaldas cobardemente su agresor. A su inmenso rugido, la Nación se levanta de su lecho de dolor, el león sale de su gruta y se presenta á luchar. Sobre las cumbres de Acultzingo está el faro de la victoria. Se empeña la lucha, ruda, cruel y desigual; y el pueblo pelea con fe porque confía en el pastor que con frente serena y semblante firme, le sostiene y no le abandona; y el pueblo venció y venció con solas sus fuerzas.

Grande, muy grande se ha hecho el pueblo mexicano. Rugió el huracán sobre sus montañas, y él ha disipado el furor del huracán. Fué lanzado en medio de los horrores de la tempestad, y ha sido la roca formidable que ha dominado el empuje de sus inmensas olas. Y el pastor que lo ha guiado, el piloto que ha conducido su nave, el enviado de Dios que lo ha hecho pasar á pie enjuto en medio del mar, el que lo ha sacado sano y sal-

vo de la peregrinación del desierto, ha sido Juárez. ¡Gloria inmortal á Juárez!

Esta es nuestra gloria del 5 de Mayo, y con ella empieza el desarrollo de esa sangrienta y terrible epopeya, que tuvo su desenlace en Querétaro, la más insólita que han visto los tiempos modernos y que ha pasado en nuestro siglo.

Y hoy que es día de la patria, he querido empezar mi discurso con este hecho, que es el patriotismo de un pueblo, elevado á un grado heróico por defender su independencia. En este punto me he querido colocar de intento, para hacer un presente de él á los padres de nuestra emancipación política de 1810.

Hidalgo y Morelos, padres de la patria, recibid con regocijo la corona de laurel que sobre vuestras tumbas ha depositado Zaragoza, y dadme un soplo del divino fuego, con que habeis inflamado su corazón de santo entusiasmo, para hablar con acierto de la patria y de su independencia gloriosa!

México, compatriotas, era casi ignorada del mundo; solo se tenía noticia de las hazañas de sus conquistadores. El país conquistado y los hechos heroicos de sus naturales, quedaron oscurecidos por el brillo y pompa con que se cuenta la conquista de los españoles. Esos hechos del famoso aventurero Hernando Cortés y sus compañeros, ha sido lo que se ha dado á conocer con interés. Se han escrito muchos libros sobre esas hazañas, se han templado muchas liras para cantarles larguísimas poesías, se han entretenido los ancianos y los niños en el dulce regazo del hogar, oyendo su narración; pero nadie se ha ocupado del pueblo mexicano. Nadie recuerda, porque pocos lo saben, que este pueblo, de origen singular, es tal vez el maestro del pueblo egipcio. Acaso de la grande Atzlán, ciudad que fué cuna y primer asiento del pueblo mexicano, salieron colonias que, lanzándose sobre los hielos del polo, entraron al Asia por el estrecho de Bering, y derramando lecciones de sus ciencias y artes por todo el Oriente, al fin sentaron sus reales en la tierra de los Faraones. De suerte que el Egipto, admiración de los siglos y cuna dorada de la civilización griega, y por consiguiente, de la civilización europea, ¿qué sabemos si no fué fundado por colonias del mismo origen que los mexicanos? Luego si los sacerdotes egipcios llamaron niños á los sabios griegos, ¿no el mismo derecho tenían los mexicanos?

Esta no es una mera suposición. Allá está la historia de ambos pueblos, cuyos puntos de contacto es fácil examinar. Allá está el dios egipcio representado por una serpiente, lo propio que el mexicano; allá está la escritura geroglífica común á los dos pueblos; allá está el papirus de Egipto, sustituido en México por el papirus de maguey; allá están los conocimientos astronómicos, el carácter sacerdotal grave y supersticioso, la forma cónica de sus templos y sepulcros; todo parece del mismo origen.

Sin embargo, los españoles, al venir á la conquista de México, con una ignorancia que asombra, llamaron á sus hijos salvajes y antropófagos, porque ensangrentaban sus altares con víctimas humanas, sin advertir que no devoraban á sus semejantes por instintos brutales, como

deberían hacerlo para ser antropófagos, sino que obedecían los preceptos de su religión, colocando en sus mesas la carne cocida de las víctimas.

Así nos enseña la historia á los mexicanos. En seguida ese pueblo sale y abandona á la grande Atzlán para venir á establecerse sobre el lago Tescoco, teniendo que fijar sus habitaciones sobre estacas movibles de juncos, por obedecer á su oráculo, que le mandó plantar su residencia donde viera un águila posada sobre un nopal; pero diligente y entendido, pronto le vemos extender sus brazos como un gigante, como un atleta formidable, para formar el orgulloso imperio de los Moctezumas, ese imperio rico, floreciente y poderoso, que llenó de asombro á los españoles y les dió lecciones de valor, de juicio y de patriotismo. Díganlo si nó los fundamentos sólidos de su administración pública, su hábil política y su régimen militar. Dígalo si nó la gran catástrofe que sufrió Cortés y los suyos en el paso que luego se llamó el «Salto de Alvarado,» que le hizo derramar amargas lágrimas, y por cuya causa dió á aquella noche fatal para la conquista, el célebre mote de la noche triste. Dígalo si nó la invencible firmeza con que el pueblo azteca resistió el sitio de México, sin alimentos y sin recursos, viendo con tranquilidad la muerte y la destrucción de la Capital soberana, que no fué tomada hasta que se redujo á cenizas, pereciendo de hambre, de fuego y de sed, sus defensores. Dígalo si nó el sacrificio inhumano de Guatemoctzin y el de otros caudillos que recibieron la muerte más espantosa y cruel con la sonrisa en los labios.

Estas extraordinarias virtudes pasaron desapercibidas; y terminada la conquista, calló sobre ellas el tenebroso velo del olvido.

Hecho pedazos el cetro de oro de Guatemoctzin, reducido á cenizas su trono, y convertido su noble y valiente pueblo en esclavos, no tenían más consuelo en medio del ruido de sus cadenas, que las lecciones del cristianismo que por un lado les enseñaban los sacerdotes á medias, mientras que por otro los conquistadores, con aquella voraz ambición al oro y á la plata, los mataban en las entrañas de la tierra, buscando las vetas del divino metal.

El Aguila del Anáhuac, quedó sin alas; el oráculo enmudeció, las ciencias y las artes murieron; los monumentos fueron destruidos; los museos y archivos incendiados, y aquella sombría palidez de los claustros españoles del tiempo de Carlos V., cubrió el brillo de oro de la patria de los aztecas.

El mundo entónces, ya no conoció más á México, que por el fervor piadoso con que el venerable Las Casas despertaba los sentimientos filantrópicos de las cortes, á favor de los ciervos conquistados por Hernando Cortés.

He aquí el carácter de los tres siglos de dominación, en los cuales el genio mexicano estuvo encerrado en una tumba, y sobre aquella tumba colocaron el cetro feudal, á fin de impedir que entrara en ella el soplo de la moderna civilización á prestarle nuevas alas; pero el genio es el Fénix cosmopolita y de todos los siglos.

En tanto que en el viejo mundo los reyes y los tronos eran el juguete del Gran Capitán del siglo, atrope-

llados y confundidos por el tropel de los ejércitos, el ruido y choque de las armas y las descargas de artillería: en tanto que los ejércitos de ese Gran Capitán, Napoleón I, también grande usurpador y mal político, atravezaban las cumbres heladas del San Bernardo en los Alpes, después de haber contemplado á la Europa sobre las famosas pirámides de Egipto, para ir á recoger los lauros de la batalla de Austerlitz, el príncipe de Portugal se embarcó huyendo al Brazil, y el rey de España, por su parte, se obligó á abdicar, para que ocupase el trono de Madrid, José Bonaparte. En tanto que ésto pasaba hasta 1807, los esfuerzos que la Europa hacía para salir de la opresión, sacudían tan profundamente el corazón de la humanidad, que al través de los mares llegaban sus ecos á las Américas. La emancipación de la inteligencia y la libertad del hombre, alcanzadas á costa de lagos de sangre, dejaban allende los mares su ropaje despedazado y sangriento, y venían á entonar sus himnos á nuestras playas, puras y límpias.

Los trabajos de Napoleón I, derribando de sus tronos á los antiguos tiranos de Europa, para sentarse él á gobernar con la corona de fierro que le ofreciera el reino Lombardo, fueron pues, inútiles; porque el poder de los pueblos es el más grande de los poderes de la tierra.—Y así, si en Italia los extranjeros quisieron dominar, para quebrantar su yugo tuvieron lugar las "vísperas sicilianas:" si en Francia se quisieron contener los avances de la reforma con el degüello de San Bartelemy, la filosofía enciclopédica se vengó de esta matanza: si en Inglaterra se pretendió encerrar á su diosa Libertad en la torre de

Lóndres, el grito puritano la salvó: si á la filosofía se le amenazó de muerte con aprisionarla en la Bastilla, la revolución suprimió aquel obstáculo, haciendo desaparecer la Bastilla; y si el despotismo napoleónico pensó conquistar á la Europa, las colonias americanas se hicieron independientes.

Estas poderosas causas, y la independencia de la nación vecina, fueron el imán galvánico, que tocando el cuerpo muerto de la Nueva España, llenó de divino ardor al más grande de sus hijos, quien haciéndose superior á su tiempo, sin temer el cadalso que debía ofrecerle el brazo secular, ni los anatemas y penas del infierno con que debía amenazarle el brazo eclesiástico, por el órgano del furibundo Tribunal de la Inquisición, dió el primer grito de independencia en el pueblo de Dolores, en la madrugada del 16 de Setiembre de 1810. Aquel hombre gigante, la personificación del genio mexicano, que le hizo recordar sus antiguas glorias y su heroico valor, fué Hidalgo: Hidalgo que nos redimió con su sangre; Hidalgo que nos enseñó el patriotismo y la dignidad de hombres libres; Hidalgo que nos legó su noble ejemplo para no desmayar en la defensa nacional. ¡ Gloria eterna á Hidalgo, padre de la independencia soberana! ¡ Gloria á Morelos y á todos los caudillos de 1810!